

II

«¡Has caído, Avito, has caído —le dice la voz interior—, ¡has caído! Has convertido a la ciencia en alcahueta... ¡has caído!» Y mientras echa de menos a su fiel Sinforiano, no le sirve repetir: «¡Cállate!, ¡cállate!, ¡cállate!» Pasada la embriaguez de los primeros días, disipada la nube que de las aguas de la ciencia levantarán los fuegos del instinto, empieza a vislumbrar la verdad. Ha sido una caída, una tremenda caída a la inducción, mas es preciso aceptarla y aprovecharla en beneficio del futuro genio. Ahora que posee a Marina se acuerda más de Leoncia; oliendo la cabellera de la braqui-morena sueña en la de la dólicorubia. ¡Si supiera fundirlas en una! ¿Por qué el goce de lo poseído ha de encendernos el apetito de lo que no poseemos?

«La Materia es inerte, estúpida; tal vez no es la belleza femenina más que el esplendor de la estupidez humana, de esa estupidez que representa la perfecta salud, el equilibrio estable. Marina no me entiende; no hay un campo común en que podamos entendernos; ni ella puede nadar en el aire ni yo volar en el agua. ¿Educarla? ¡Imposible! Toda mujer es ineducable; la propia más que la ajena». Así piensa Avito.

¿Y Marina? A los pocos días de trasladada del poder de su hermano al del marido se encuentra en regiones vagarosas y fantásticas, se duerme y en sueños continúa viviendo, en sueños incoherentes, bajo el dominio de la figura marital que anda, come, bebe, y pronuncia extrañas palabras.

—¿Y tu marido? —le pregunta Leoncia un día.

—¿Mi marido? ¡Ah, sí! ¿Avito? ¡Bien!

—¿Qué casa, Dios mío, qué casa! Hay que dejar abierta de noche la ventana del cuarto, por donde entran las tinieblas exteriores y el aire fresco, no hay que espumar el puchero, hay que sumergir a cada paso los cubiertos en esa cubeta con solución de sublimado corrosivo que está sobre la mesa, y esos extraños vasos, graduados, y con su

rótulo H₂O, y el salero con su ClNa, y ese retrete de báscula, y... ¡qué mundo, Dios mío, qué mundo!

Una noche, sacudiendo por el momento el sueño crónico y antes de entregarse al otro, susurra Marina unas palabras al oído de Avito, la abraza éste sin poder contenerse, y no duerme en toda la noche. Ya está en función el pedagogo.

—¡Vamos, Marina, un poco más de alubias!...

—¡Pero si no me apetecen...!

—No importa, no importa... Ahora tienes que comer más con la reflexión que con el instinto, más con la cabeza que con la boca... Vamos, un poco más de alubias, alimento fosforado..., fósforo, fósforo, mucho fósforo es lo que necesita...

—Mira que luego no voy a poder con la chuleta...

—¿La chuleta? ¡No importa! ¿Carne? No; la carne aviva los instintos atávicos de barbarie... ¡Fósforo!, ¡fósforo!

Y Marina se esfuerza por hartarse de alubias.

—Y luego acabaré de leerle la biografía de Newton... ¡Qué gran hombre!, ¿no te parece? ¿No te parece que era un gran hombre Newton?

—Sí.

—Piensa bien qué gran hombre era... Si saliese nuestro hijo un Newton... —y agrega para sí—: «Me parece que estoy sugestivo... así, así...»

—¿Y si sale hija? —dice ella por decir algo, a lo que se pone muy serio Avito, que no quiere contar con la genia.

—Esta tarde iremos al museo, a que veas las obras maestras y te empapes en ellas; allí te explicaré el papel social, digo sociológico, del arte.

—Pero si...

—¿Que no lo entiendes? No importa, no importa nada... no trato de instruirte, sino de sugestarte... La sugestión es un fenómeno...

—¡Por Dios, Avito, por Dios! Fenómeno no..., no..., no...

—Tienes razón, ¡torpe de mí!, tienes razón..., esa